

ANUARIO ARQUEOLÓGICO DE ANDALUCÍA

2017

BORRADOR / DOCUMENTO PRE-PRINT

MUERTE Y RITUAL FUNERARIO EN *BAELO CLAUDIA*-FASE V. EXCAVACIÓN DE LOS MAUSOLEOS DE LA PUERTA DE CARTEIA (2017-2018)

FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Resumen: en las siguientes páginas presentamos un resumen de los trabajos realizados durante la campaña comprendida entre 2017 y 2018 correspondiente a la V y última Fase del Proyecto General de Investigación "MBC-Muerte y Ritual Funerario en *Baelo Claudia* (Tarifa, Cádiz)". Dicha actuación se ha centrado en la excavación, aún inconclusa, de los mausoleos ubicados junto a la puerta oriental de la ciudad, también conocida como "Puerta de Carteia".

Abstract: In this article we present a summary of the works carried out during the 2017-2018 campaign (5th and last Phase of the General Research Project "MBC-Death and Funerary Ritual in *Baelo Claudia*). This action has focused on the excavation, still unfinished, of the mausoleums located next to the eastern gate of the city, also known as "Puerta de Carteia".

1. Introducción y planteamiento de la actuación

La actuación se ha enmarcado dentro de la programación del Proyecto General de Investigación (PGI) autorizado por la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Andalucía. El PGI aborda el estudio de la necrópolis oriental a partir de diversos trabajos arqueológicos y de interpretación de las antiguas intervenciones desarrolladas a lo largo del siglo XX (Paris et al. 1926; Remesal 1979; Prados y Jiménez 2015). La necrópolis se extiende en ligera pendiente hacia el sur y ocupa una superficie total de unas 4 Ha. Para delimitarla desde el inicio del proyecto se dividió este espacio en dos áreas prioritarias de estudio de una superficie de 1,5 Ha. en total. El área 1 se corresponde con el sector hoy vallado, que se ubica junto a la playa (atravesado por uno de los accesos a la misma). Limita al norte con el camino de acceso sur al yacimiento, al este con algunas viviendas y los restaurantes, al sur con la playa y al oeste con el arroyo Churriana. El área 2 engloba los sepulcros ubicados junto a la puerta de *Carteia*, el sector aparentemente no excavado al norte de la vía de acceso y el espacio acotado del aparcamiento que ya hemos aludido con anterioridad, y bajo el que la prospección con georradar que acometimos en 2013 documentó diversos mausoleos de entidad y la vía funeraria, aparentemente pavimentada, a 1.50 m de profundidad del suelo actual (FIG.1).

Desde el inicio de nuestro proyecto hemos mantenido una lógica metodológica que entendemos como rigurosa y que ha provocado que hayamos dedicado buena parte del proyecto a intervenir en la zona 1, porque precisamente era la que había concentrado más actuaciones, algunas no publicadas o publicadas parcialmente, que era necesario revisar, ordenar y publicar (Prados y Jiménez 2015). Por esa razón dejamos para la última anualidad de excavación del proyecto la actuación en la zona de los mausoleos ubicados junto a la puerta de la ciudad, que preveíamos iban a tener resultados más espectaculares (o mediáticos) debido a su situación. Los resultados obtenidos, en nuestra opinión, avalan este planteamiento del trabajo.

Los dos grandes monumentos intervenidos (denominados T-31 y T-32) son los que mayor tamaño y complejidad arquitectónica tienen, por lo que fácilmente se pueden vincular a

la elite de la ciudad. Cronológicamente, por su posición preeminente junto a la puerta, deberían ser los más antiguos y pensábamos que se podrían fechar en época augustea, aunque no había hasta el momento materiales adscritos ni existía documentación alguna. El área de intervención ha tenido una superficie de unos 10 x 10 m, si bien, una vez dividida en cuatro cuadrantes, no se ha excavado en su totalidad por el momento. Buena parte del entorno de los monumentos está cubierto por bloques, como se aprecia en las imágenes, que pudieron pertenecer a los alzados y que se deberán desplazar, siempre después de ser documentados, en futuras actuaciones (FIG. 2)

La intervención en este sector ha sido la primera que se desarrolla en la zona o, al menos, la primera de la que se ha tenido constancia. En el entorno de T-31 se han documentado varias fosas y una pequeña trinchera de expolio (ver el perfil de la FIG. 3) que bien puede relacionarse con la intervención de P. Paris y G. Bonsor realizada entre 1917 y 1921. Tanto la presencia de estas estructuras de grandes bloques como el hecho de que se encuentren prácticamente 1,60 m por encima de la cota del *decumanus*, dotan de enorme relevancia a esta actuación.

2. Intervención en el mausoleo T-31 y del *diverticulum*

El mausoleo T-31 presentaba una estructura de sillares de biocalcarenita que había sido expoliada con cierta profusión desde época antigua. La imagen conservada era bastante parcial y del alzado del monumento no quedaba nada, como se aprecia en la imagen (FIG. 4). Nuestra intervención ha tratado de documentar su cimentación. Para ello, como se aprecia en la anterior imagen, se ha excavado en el espacio intermedio entre este mausoleo y el T-32, para tratar de fijar el momento de su construcción. Esta intervención, además de alcanzar la cimentación de ambos edificios, ha posibilitado realizar una correlación estratigráfica entre ellos. La estratigrafía corrobora que son prácticamente coetáneos y que arrancan en el mismo proceso de urbanización de la zona.

Igualmente se ha procedido a excavar en la zona delantera con la intención de documentar los bloques caídos. Es importante señalar que toda la zona anterior está muy alterada y erosionada, y no se ha documentado ningún elemento de cultura material asociada. La razón es que los niveles se han removido tanto por diversas crecidas del arroyo (capa oscura estéril) y la construcción de los sucesivos viales de acceso sur al yacimiento. Esta es la razón por la que nos hemos concentrado en el espacio intermedio. Este callejón o *diverticulum* unió la playa o la zona portuaria con el *decumanus*. Se han documentado materiales arqueológicos de la primera mitad del siglo I en los estratos inferiores, asociados al uso del trazado viario. Este lote de materiales posibilita datar la construcción de este mausoleo, que ya dibujó G. Bonsor, en la primera mitad del siglo I d.C., es decir, en la primera fase de uso del espacio funerario de la ciudad.

Antes de iniciar la excavación se observaba un basamento de sillares de biocalcarenita muy expoliado, de más de 15 x 15 m de superficie, totalmente desprovisto de elementos decorativos, aunque arrumbados al pie se advertían algunos bloques de esquina con restos muy erosionados de pilastras. En la parte superior se había tallado un sepulcro antropomorfo que había sido dibujado por G. Bonsor (Paris et al., 1926: 99). Este hecho aportaba una información relevante: en época tardoantigua o medieval el mausoleo ya estaba en el mismo estado en que lo encontramos en la actualidad, luego su destrucción y expolio fue necesariamente anterior. En el citado volumen los excavadores aluden a que este mausoleo “qui remontait à une bonne époque, au temps de Claude ou Trajan, est rectangulaire, orné de pilastres cannelés et de chapiteaux corinthiens”, lo que es muy

interesante, aunque ya no queda rastro de los citados capiteles. La parte posterior del edificio no pudo ser excavada al quedar por debajo del recinto acotado del yacimiento y de la carretera actual que da servicio a los restaurantes. La intervención en su parte anterior permitió, en cambio, documentar numerosos elementos arquitectónicos, cornisas, pilastras y restos de su estucado. Pero esta zona delantera, como hemos dicho, está muy alterada y erosionada y no ha ofrecido más información.

Como se ha referido, tratando de alcanzar su cimentación y los niveles constructivos, se excavó el espacio intermedio –*diverticulum*– a fin de determinar el momento de construcción. Esta intervención, además de alcanzar la cimentación de ambos edificios posibilitó realizar una correlación estratigráfica entre ellos, separados por este corredor de poco más de 2 m de anchura que discurrió en sentido norte-sur y unió el *decumanus* con la zona portuaria. La estratigrafía ha corroborado que los dos mausoleos son aparentemente coetáneos y forman parte del mismo proceso de urbanización de este espacio extramuros.

La excavación ha permitido documentar que el edificio se construye sobre el estrato geológico y a la par que el citado callejón o *diverticulum*. Sobre el nivel geológico, y anteriores a la construcción del edificio, se recogieron algunos materiales tardorrepublicanos, concretamente fragmentos de TSI. Por encima se han documentado materiales arqueológicos que se pueden fechar sin problema a lo largo de la primera mitad del siglo I, y que están asociados al uso de esta calle. La intervención ha permitido confirmar también que los bloques de *opus quadratum* que conformaban el basamento de este mausoleo se encontraban estucados, conservándose in situ varias partes con restos de pintura. Estos materiales posibilitan datar la construcción del monumento a mediados del siglo I, es decir, en la primera fase de uso del espacio funerario oriental de la ciudad (Prados, 2017).

Del *diverticulum* se ha localizado su nivel de uso, compuesto por un estrato compacto de color amarillento que incorpora algunas lajas planas de piedra. En cota, este “suelo” se encuentra 45 cm más alto que el nivel del *decumanus* en el umbral de la puerta de la ciudad. Esta es la ligera elevación que comentábamos al inicio, que representa la existencia de una suave pendiente que arranca desde la “puerta de Carteia” hasta esta zona de los mausoleos. Cabe referir que todos los materiales que apoyan sobre este paleosuelo, procedentes de su uso, se adscriben a cronología altoimperial. Formando parte del mismo nivel de circulación o uso se localizaron restos de fauna, concretamente espinas y vértebras de pescado.

Sobre los niveles de uso se constata un estrato de abandono general, sobre el que, como veremos, cayeron elementos arquitectónicos procedentes del derrumbe del mausoleo T-32 motivados por un seísmo, concretamente un fuste de columna y otros fragmentos de mármol. Este estrato presenta abundantes restos de materia orgánica y está muy poco compactado. El hallazgo de monedas acuñadas a mediados del siglo IV entre este nivel y los elementos arquitectónicos será fundamental, como veremos más adelante, para tratar de fechar el seísmo que causó este derrumbe. Del mausoleo T-31 poco más se puede decir debido a su deficiente estado de conservación. En todo caso es importante indicar que el citado evento que supuso la destrucción de T-32 derribó también T-31.

La excavación de la superficie del callejón permitió localizar una tumba de cremación, muy sencilla, pero que estaba claramente asociada al mausoleo T-32 (FIG. 5), y sobre la que volveremos más adelante. Finalmente, sobre los restos del derrumbe de T-31 se excavó un estrato arcilloso, muy plástico y de color negro que parece proceder de

depósitos naturales del arroyo vecino, y que debió llegar por diversas crecidas. No presenta apenas material arqueológico y se pone en relación con el “black level” que se documenta en otros puntos de la ciudad, sobre todo en el *decumanus*, atribuido a un evento marino de alta energía o tsunami (Röth et al., 2015; Silva et al., 2016). Aunque la presencia de bioclastos y otros elementos podrían identificarse con “tsunamitas”, no podemos afirmarlo con rotundidad, y nos inclinamos más a pensar en la citada crecida del arroyo. Este estrato cubre o apoya sobre todas las unidades descritas hasta ahora, por lo que es claramente posterior al abandono de este sector de la necrópolis hacia el siglo VII. Además, durante la excavación de esta unidad estratigráfica, se localizaron dos monedas de la I República española (1873-1874) que sugerirían una formación bastante reciente.

3. Excavación del mausoleo T-32: la tumba de *Iunia Rufina*

Visible hoy día en planta al igual que el anterior, este edificio presentaba un peor estado de conservación, ya que el expolio le había desprovisto de muchos más bloques. Además, en torno a lo que quedaba en pie del edificio se observaban distintos sepulcros tardíos, algunos rompiendo literalmente el basamento para ser encajados, y otros colocados justo al lado. Se trataba en todos los casos de tumbas de inhumación, algunas en sarcófago, que se habían ido asociando a la estructura previa que ya debía estar bastante arrasada en aquel momento. La enorme profusión de enterramientos llamaba la atención y, de algún modo, permitían vislumbrar que el edificio primigenio debió de tener cierta enjundia, dado el especial interés que se había tenido en conectar estos enterramientos con él.

Hemos de subrayar de inicio que no sabemos cómo era el coronamiento de la estructura, dado que estaba desmontado hasta el podio y de su núcleo solo se observan restos de *opus caementicium*. La excavación que vamos a describir a continuación es la que realizamos al pie del mausoleo, dentro de un acotado funerario que presentaba en la parte delantera, y que hacía fachada al norte con la vía sepulcral prolongación del *decumanus*, y al este con el *diverticulum* descrito en el apartado anterior.

Desde el inicio, la excavación del mausoleo T-32 permitió localizar algunos elementos de lo que debió de ser su alzado. Destacan dos columnas y capiteles corintios de gran calidad realizados en mármol, así como elementos decorativos esculpidos y pintados que formaron parte de la ornamentación. Estos hallazgos, perfectamente conservados, fueron apareciendo inmediatamente por debajo de los niveles de derrumbe (FIG. 6). Sobre los escombros se pudo excavar una inhumación infantil que había sido depositada en un ánfora, sellando los niveles de destrucción. Tanto este enterramiento como los que hemos citado antes ponían de manifiesto que el valor funerario y simbólico de esta zona no se había perdido con el paso del tiempo.

La intervención conjunta de los dos mausoleos y del *diverticulum* que los separa permitió, como hemos adelantado, correlacionar estratigráficamente estas construcciones, al tiempo que se pudieron insertar dentro del complejo urbano extramuros. La estructura localizada no solo se componía del mausoleo en sí, visible de inicio, como hemos dicho, sino de la existencia de un muro que, partiendo desde el mismo monumento, dibujaba un acotado funerario de planta cuadrada. Sobre este muro, de 60 cm de anchura y 1 m de altura máxima conservada se abría una puerta, bien delimitada por dos jambas y un umbral monolítico, que facilitaba su acceso desde el este, es decir, desde el *diverticulum*.

La excavación del interior de este acotado ofreció una información muy completa de toda la secuencia, ya que se agotaron los estratos hasta alcanzar el geológico. En sentido inverso a la excavación, y en orden cronológico, se documentó un estrato asociado a la construcción de los mausoleos. En él se recogieron materiales (fragmentos de TSI, TSG y una base de paredes finas) que pueden datarse en época de Tiberio/Claudio y, con ello, una fecha *post quem* para la construcción del mausoleo. El suelo de uso del acotado fue realizado mediante tierra amarillenta muy compactada, de unos 10 cm de espesor. Por encima de esta tierra la excavación permitió localizar materiales relacionados con sus últimos usos, sin constatar ninguna deposición funeraria. La abundancia de materia orgánica, como carbones, huesos de suidos, bóvidos y espinas de pescado parecen reflejar los rituales que se debieron desarrollar dentro de este espacio. Junto a la fauna, se recogieron varios remaches metálicos, una moneda en bronce de Trajano y alguna otra del todo ilegible. Los fragmentos cerámicos recuperados correspondían a formas abiertas, casi completas, de TSG y de TS *marmorata*, que vinculamos lógicamente con la celebración de ritos de comensalidad. También se exhumó el tercio inferior de un ánfora altoimperial, recortada *ex profeso* para contener una ofrenda, que presentaba restos de un ave en su interior. Los materiales aludidos se pueden datar sin problema a lo largo de los siglos I y II ofreciendo por tanto una cronología clara para la vida del monumento. La cuestión es que por encima de estos estratos se localizó uno de abandono, con un importante aporte sedimentario, que señalaba el momento en que este espacio, y seguramente todo el mausoleo, entró en desuso.

Sobre este nivel de abandono, de una potencia nada desdeñable de entre 20 y 40 cm, y que puede fecharse durante el siglo III como veremos después, es donde se depositaron todos los elementos arquitectónicos del monumento una vez que aconteció el evento sísmico que lo derrumbó violentamente. De los materiales que ayudan a fechar este abandono destacan varias monedas, dos de ellas ubicadas además bajo los elementos marmóreos derribados por el seísmo. Se trata de un hallazgo muy relevante que ayuda a establecer una datación precisa, *post quem*, para el evento sísmico.

Los elementos arquitectónicos que formaban parte del alzado del mausoleo aparecieron completos, aunque fragmentados por el fuerte impacto. Destacan los dos capiteles monolíticos, en buen estado de conservación. Uno de ellos se localizó –casi en posición primaria si se nos permite la expresión- bajo un fragmento de dintel estucado que presentaba unas medidas de 116 x 34 x 48 cm. Junto al capitel, de estilo corintio asiático con hojas de acanto espinoso, se recogieron otros fragmentos de elementos decorativos en mármol y algunos fragmentos de las volutas. El otro capitel apareció a más de 2 m de distancia desde la vertical del mausoleo. Muy similar al anterior, aunque no idéntico, presentaba el mismo estilo y las mismas dimensiones, ambos con un *kalathos* de 78 x 40 x 34 cm. Los dos capiteles (FIG.7), y las columnas que los acompañaban y que cayeron junto a ellos, formaban parte del mismo conjunto decorativo.

El elemento más destacado de entre los que cayeron en el interior del acotado funerario es el otro fragmento mayor de arquitrabe o dintel con dos caras estucadas (la anterior y la inferior). Estaba unido al que hemos citado anteriormente mediante una mortaja cubierta con una grapa de plomo, que localizamos al pie, en uno de sus lados menores. El bloque paralelepípedo, de unas medidas de 175 x 34 x 49 cm, fue arrojado a más de 2,5 m de distancia desde la vertical del mausoleo, cayendo su cara vista boca abajo. Más adelante trataremos sobre esta pieza y su magnífica inscripción funeraria, con letras de bronce. La forma en la que cayó, con la inscripción hacia abajo, es la causa de que se haya preservado intacta hasta ahora.

De lo que quedara en pie sabemos poco; fue sistemáticamente expoliado una vez derrumbado. Hay algunos bloques en el entorno reutilizados como parte de sarcófagos y otros formando parte de estructuras funerarias tardías. No hay rastro de *tegulae* y tan solo podemos inferir, gracias a la excavación del acotado funerario, que las deposiciones sepulcrales debieron situarse en el interior del mausoleo, seguramente en *loculi* creados a tal efecto. La razón es que en el espacio acotado no se ha detectado ninguna tumba y sí en cambio, como se ha visto, abundantes restos de las celebraciones de rituales, especialmente los relacionados con los banquetes funerarios.

Una vez derrumbado el edificio y habiéndose generado un *tell* artificial, tenemos constancia de que el uso funerario se mantuvo, aunque con unas estructuras mucho más modestas. Ya hemos mencionado la deposición funeraria de un individuo infantil en ánfora. Se trata de la inhumación de un perinatal, con la cabeza al oeste y sin ajuar, a excepción de unos pocos restos de ictiofauna que le acompañaban dentro del ánfora. El contenedor es un ánfora olearia Dressel 23/Keay XIIIa, un tipo fabricado durante el siglo IV y que durante la primera mitad del siglo V sirvió para exportar el aceite del valle del Guadalquivir (Keay, 1984; Bourgeon et al. 2014).

Sobre el podio del mausoleo, y adaptada a los restos arquitectónicos caídos, se excavó una sepultura que presentaba un enterramiento múltiple en su interior (FIG. 8). Realizada con algunos bloques de piedra, fragmentos de mármol procedentes del mausoleo y ladrillos, presentaba en uno de sus lados mayores, concretamente el norte, la estatua femenina que se conserva en el museo del yacimiento, formando parte de la cista. Esta escultura había sido localizada durante unos trabajos de limpieza y acondicionamiento acabados en el año 2001.

4. La inscripción funeraria

Una de las piezas más interesantes encontradas es el citado bloque de piedra arenisca de 175 x 34 x 49 cm, que estaba unido por una grapa de plomo a otro como parte del arquitrabe de la entrada del mausoleo (recientemente estudiado y publicado en Prados et al. 2020). Sus caras visibles, exterior e inferior, están revestidas por una capa gruesa de revestimiento de unos 3 cm y otra más fina de enlucido de poco más de 1 cm. En la cara frontal encontramos un conjunto de diecisiete letras y cinco puntos de forma triangular (FIG. 9). Todos están fundidos en bronce, las letras son de sección triangular, con una arista central que constituye la parte más saliente y tienen una altura que varía entre 12 y 14 cm.

Las letras son de buena calidad y dispuestas con orden, aunque su *ordinatio* es irregular. Unas están ligeramente fuera de sitio (caso de las dos M, de la A de MAN y de la F de RVF, siendo este último el más destacado); otras están inclinadas, hacia la derecha, como la A de MAN y la F de MF y ligeramente hacia la izquierda la R de RVF. La separación entre letras varía. En la primera y tercera líneas hay más espacio entre ellas que en la segunda, sobre todo en DII y RVF. En esta última palabra, la separación entre R y F es mucho mayor que entre V y F. Los signos de interpunción triangulares tienen el eje más largo de arriba abajo, aunque en el primero la inclinación es de izquierda a derecha. Falta un punto entre la M y F y en cambio se incluyen interpunciones al final de cada línea. Es de destacar que la N final de MAN tiene el trazo vertical derecho doblado hacia el interior. Las dos V, la de IVNIAE y la de RVF, parecen ligeramente diferentes. Más corta y de trazo más grueso la primera, más alta, de trazo más fino y ligeramente curvo la segunda.

Aunque el que las letras estén parcialmente embutidas en el enlucido que recubre el sillar dificulta su visión completa.

Lo más curioso e interesante es el hecho de que dos de estas letras, la segunda I de IVNIAE y la F de M F no son en realidad ni una I ni una F sino dos E, algunos de cuyos trazos horizontales han sido tapados, de manera deliberada, con la capa de enlucido; mediante la ocultación de los tres trazos horizontales en el primer caso, y del trazo inferior en el segundo. De esta manera se explica el gran espacio que queda entre la I y la A de IVNIAE y la diferencia en el remate inferior entre las F de MF y la de RVF.

Es un epígrafe de calidad, con letras también de calidad, pero que presenta varios defectos. En primer lugar, la disposición de las letras con diferencias de orientación y de ubicación, que seguramente serían menos visibles en su emplazamiento original que hoy, observada la pieza desde muy corta distancia. En segundo lugar, el empleo de letras que no se corresponden con las que debían ser y que han sido enmascaradas con el propio revestimiento. En el momento del descubrimiento las letras mostraban aún vestigios del color dorado que las haría resaltar sobre el enlucido. Este es hoy de color blanco, sin que se hayan podido detectar vestigios de otro color ni aun con el empleo de fotografía infrarroja.

La dedicatoria sería la siguiente:

DII(s) · MAN(ibus)
IVNIAE · M(arci) F(iliae) ·
RVF(inae) ·

Que se puede traducir “Para los dioses Manes de Junia Rufina, hija de Marco” en dativo, o bien:

DII · MAN(es)
IVNIAE · M(arci) F(iliae) ·
RVF(inae) ·

“estos son los dioses Manes de Junia Rufina, hija de Marco” en nominativo.

La lectura, muy clara, presenta un par de problemas como vemos en la traducción (Prados et al. 2020). El primero es la interpretación de la primera línea: DII · MAN ·, que podría desarrollarse en dativo plural como dii(s) man(ibus) o en nominativo como dii man(es). Aunque ambas fórmulas son posibles, nos decantamos por la primera, bastante más extendida en el ámbito epigráfico en general y en la Bética en particular, si bien en su versión abreviada D M o D M S. La fórmula total o parcialmente desarrollada es mucho menos frecuente que la abreviada y se ha venido considerando que también es anterior, aunque en los últimos tiempos se tiende a poner en duda esta aseveración (Tantimoniano, 2014: 330). Casi todos los autores coinciden en que estas invocaciones a los dioses manes

se datan a lo largo del siglo II y III d.C., aunque las hay en el I d.C. e incluso a mediados del I a.C., como un ejemplo de Córdoba del año 19 a.C., bajo la forma *Dei Manes receperunt* (EDH, HD028486).

El segundo de los problemas es el del nombre de la difunta: *Iuniae Rufinae*, que va en genitivo, aunque también podría estar en dativo como hemos adelantado. Parece que con el paso del tiempo el significado de genitivo y dativo acabó por ser el mismo y que ambas son más tardías que la construcción en nominativo (Tantimoniaco, 2014: 263 y 296).

Las letras de la inscripción, como hemos dicho más arriba, están fundidas en bronce y ancladas mediante espigas a un sillar revestido con dos capas de enlucido, capas que los vástagos de bronce atravesaron para fijarse en la piedra. Las letras de bronce sobre piedra, sea noble o un simple sillar, es una técnica que se implanta en Roma a partir del año 19 antes de nuestra era y que tiene su principal desarrollo en inscripciones nobles, tanto de pared como de pavimento. Dos son las técnicas principales. Una consiste en rebajar en el soporte un espacio similar al que ocupan las letras, para que no sobresalgan, y fijarlas al fondo mediante espigas soldadas o fundidas con la propia letra. Otra, fijarlas directamente al fondo por medio de una serie de vástagos similares a los anteriores, de manera que queden en relieve (Stylow y Ventura, 2013: 301). Casi todas las letras de bronce han desaparecido, tanto por el paso del tiempo como por el alto precio del bronce y lo fácil que es fundirlo y reutilizarlo. En estos casos, el texto de la inscripción puede leerse o bien a través de los alvéolos tallados para alojar las letras o bien a través de los orificios abiertos para fijar los vástagos de sujeción (Stylow y Ventura, 2013: 305)

La mayor parte de estas inscripciones corresponden a monumentos representativos importantes y es Hispania, por detrás de Italia, el lugar donde son más frecuentes. La Hispania romana es prácticamente el único lugar en que esta técnica se aplicó también a inscripciones privadas y funerarias. Este es el caso de la que ahora nos ocupa, una inscripción funeraria que conserva todas sus letras y signos de interpunción, sólidamente anclados al sillar y englobados en una capa de estuco de 1,2 cm de espesor y un enlucido de unos 3-5 mm. En el citado trabajo de Stylow y Ventura sobre los ejemplos conocidos en la península ibérica, destaca un epígrafe del teatro de Mérida cuyas espigas de anclaje son entre 1,5 y 2 cm más largas que la profundidad de los orificios en que se iban a anclar. Los autores concluyen que la diferencia tenía que haberse cubierto mediante una capa de enlucido, la misma solución por tanto que encontramos en nuestro epígrafe (Stylow y Ventura, 2013: 308. Cat. S-34).

5. Valoración final y conclusiones a la intervención

Vamos a referir a continuación, a modo de conclusiones, la secuencia cronológica detectada a través de la excavación arqueológica. En primer lugar, este sector sur de la prolongación oriental del *decumanus*, se levantaron los dos mausoleos, según la estratigrafía, en un momento impreciso de la primera mitad del siglo I (época de Tiberio/Claudio), a tenor de los materiales de la fase constructiva que se han exhumado. La excavación del suelo de uso del interior del acotado y la localización de algunos fragmentos de cerámica (paredes finas, TSI y TSG) en su cama preparatoria que se pueden fechar en la primera mitad del siglo I, son elocuentes en este sentido. Ambos edificios están separados por un callejón o *diverticulum*, en ángulo recto, que está orientado norte sur y que une la prolongación extramuros del *decumanus* de la ciudad y la zona del puerto o la playa (FIG.10). Este espacio de tránsito tiene varios niveles de uso, desde el momento

de construcción de los mausoleos y hasta su amortización por culpa del evento sísmico que derriba los edificios en la segunda mitad del siglo IV. Entre el primer nivel de calle y el último, pues, se localiza una cremación en urna, muy sencilla, que repite el modelo bien conocido para toda la necrópolis oriental. Sobre una pequeña fosa, de unos 30 cm de diámetro, se colocó una urna de cerámica común, de producción local, de forma globular y sin asas, cubierta con un pequeño cuenco.

Los estratos sobre los que apoya este enterramiento y los que lo cubren, apoyan sobre la cara externa del muro perimetral que cierra el acotado. Este muro presenta una factura muy característica de las fábricas de la ciudad de Baelo. Se trata de un aparejo en opus pseudovitatum realizado con bloques de arenisca, enmarcado por grandes sillares en las esquinas. Recuerda por ello a las estructuras de los llamados recintos dobles de la necrópolis oriental. El uso recurrente de esta calle hará que el nivel vaya creciendo, llegando incluso a cubrir el umbral de acceso al acotado o jardín funerario. La excavación de estos niveles de uso ofrece la posibilidad de localizar restos de fauna, especialmente algunos propios de tñidos.

De la lectura de las obras de Sillières, entre otros investigadores (Sillières 1997, 56; Bernal et al. 2017) se desprende que la ciudad vivió su máximo apogeo a lo largo del siglo II. La decoración arquitectónica del mausoleo T-32, con materiales de prestigio entre los que destacan los capiteles de orden corintio con acanto espinoso llevaría a alargar en unas décadas este esplendor, al menos hasta finales del siglo II o muy principios del III. De lo que no cabe duda es de que los dos mausoleos excavados son un fiel reflejo de la convulsa historia de la ciudad. Si la decoración arquitectónica y la inscripción en letras de bronce de Iunia Rufina puede ser fechada a finales del siglo II o principios del siglo III, los niveles de abandono que comentaremos a continuación se sucedieron prácticamente sin solución de continuidad, en apenas unas décadas.

Desde mediados del siglo III se detecta el expolio de algunos sillares del mausoleo T-31, ya que el desplome de elementos arquitectónicos por el seísmo provocará que algunos de ellos caigan en los huecos causados por estos expolios. Todo ello hace que valoremos la posibilidad de la existencia de una fase de retroceso o abandono y desuso de esta zona con anterioridad al siglo IV y al evento de destrucción. Esta pudo ser la razón de la existencia de los comentados niveles de abandono bajo los elementos marmóreos y sobre los niveles de uso. Estos niveles, documentados en dos sectores del interior del acotado funerario debido a los materiales recogidos, permiten ser situados hacia el siglo III y han de ponerse en relación con una situación de crisis bien documentada en la ciudad.

En lo que concierne a los expolios de los grandes bloques de calcarenita de T-31, cabe señalar que por toda la ciudad se documentan nuevas construcciones que desviaron los ejes urbanos y ocuparon los espacios públicos. Se trató principalmente de casas, que emplearon para la base de los muros este tipo de bloques (Sillières 1997, 61). Ello puede ser la razón del saqueo casi sistemático a que se vio sometido este mausoleo, que será claramente anterior al evento sísmico que pasamos a comentar a continuación.

Por encima del citado estrato de abandono y de expolio, por tanto, tendríamos las evidencias de un potente seísmo que derribo sendos edificios agitándolos en sentido suroeste-noreste. Algunos de los elementos arquitectónicos cayeron a más de 4 m de distancia de la vertical de los mausoleos, especialmente en el T-31. Algunos de los bloques han sido documentados hincados en los huecos dejados por los sillares del zócalo previamente expoliados. La localización de diversos artefactos y monedas permite fijar este evento sin problema hacia la segunda mitad del siglo IV. Entre los elementos

arquitectónicos destacan los capiteles corintios y el arquitrabe o dintel con la inscripción en letras de bronce de T-32.

En los niveles previos a la caída del edificio se documentaron dos monedas de Constancio II. Una de ellas, magníficamente conservada, es un as de bronce hallado en el nivel de uso del pavimento que da acceso al acotado funerario de T-32. Es muy indicativo para obtener una propuesta de datación *post quem* para el evento sísmico que supuso la caída de las columnas y del resto de elementos arquitectónicos. La moneda parece pertenecer a la oficina de Constantinopla y haber sido acuñada entre los años 348 y 351. Tras el terremoto toda la zona se convirtió en un *tell* artificial, del que son retirados algunos elementos decorativos. Excavada en estos niveles de escombros aparece al menos una inhumación infantil en un ánfora Dr. 23 que se puede fechar en la primera mitad del siglo V, que, al generar una especie de contexto cerrado, un *terminus post quem* para el seísmo, permite fijar su cronología. La cista que enmarca esta deposición se apoya sobre los dinteles y los capiteles del mausoleo, una vez ya caídos en el suelo.

A partir de este momento la zona empieza a ser empleada como necrópolis otra vez (siglos V y VI). La orientación de todos los sepulcros nuevos, con la cabecera de las tumbas hacia el oeste, permite inferir que se trata de un área funeraria cristiana. Además, se trata de una tendencia bastante habitual la de la existencia de este tipo de lugares de enterramiento en torno a antiguos mausoleos. La continuidad y uso sepulcral de la necrópolis queda perfectamente reflejada en los niveles que se han documentado de época tardorromana y bajo imperial. La variedad tipológica de enterramientos y el material cerámico asociado, permiten documentar un *continuum* cronológico que abarcaría, en una primera fase (siglos III- IV) los enterramientos infantiles en ánfora; en una segunda fase (siglos V y VI) un importante número de inhumaciones en cista, y una tercera fase (siglo VII y quizás el VIII, adentrándonos en el período alto medieval) una tumba antropomorfa excavada en la propia sillería del mausoleo T-31.

La transición del ritual de incineración a inhumación ha quedado constatada en la necrópolis oriental a través de los enterramientos realizados con cubierta de tégulas y los infantiles, efectuados en ánfora. Para el caso que nos ocupa, a partir de las inferencias obtenidas, el cambio queda reflejado en un enterramiento infantil cuyo contenedor cerámico responde al tipo Dressel 23, como ya se ha visto. Estos contenedores, siendo uno de sus principales lugares de producción el valle bajo del Guadalquivir, tienen una dilatada producción en el tiempo, desde el siglo III hasta mediados del siglo V. En nuestro caso, la asociación del enterramiento con otras producciones cerámicas de origen africano, caso concreto de una TS Clara D, forma Hayes 62, nos permitiría emplazar el depósito entre finales del siglo IV y principios de V.

A lo largo del siglo V se detecta una invasión de sepulcros por toda la superficie de los restos del mausoleo. Hasta el momento se han localizado 10 estructuras funerarias, entre las que destacan sepulturas tipo cista y tipo *mensa*, desproporcionadas de su cubierta (que funcionaría a modo de mesa de ofrendas, como se ha documentado en otros sectores de la necrópolis) a juzgar por la elevada concentración de *opus signinum* recogido en los estratos de amortización de estas fases. Su desaparición puede deberse a varios factores, en primer lugar, a la reutilización del sepulcro para familiares, y en segundo, a expolios efectuados a lo largo del tiempo. En cualquier caso, esta alta concentración de sepulcros parece corresponder a un conjunto homogéneo, de entre los que también cabe destacar pseudosarcófagos realizados con materiales reutilizados –a veces provenientes del propio

mausoleo altoimperial- y otros sarcófagos pequeños, empleados en tumbas infantiles, tallados sobre bloques reutilizados igualmente.

Junto a la información histórica que aportan, el carácter excepcional de los mausoleos viene a ofrecer nuevas potencialidades a la hora de aproximarnos a las élites baelonenses, y en especial a la mujer, al tiempo que suponen un recurso excepcional de cara a la puesta en valor del espacio funerario anexo a la puerta sureste o “de Carteia”. Por otro lado, la disección estratigráfica que se ha llevado a cabo permite determinar y fijar los momentos de despegue económico y crisis en la ciudad, plasmado en la construcción y decoración marmórea del mausoleo T-32. El cotejo de estos nuevos datos con otros obtenidos en distintos puntos de la ciudad, tales como la factoría de salazones (Arévalo y Bernal, 2007), el *macellum* (Didierjean et al., 1986) las llamadas “termas marítimas” (Bernal et al. 2017, 136) o la recientemente excavada área sureste del foro (Brassous et al., 2017), por citar algunos, amplía la información sobre la crisis del siglo III en Baelo y el abandono generalizado o la transformación de muchas estructuras que tuvo lugar desde finales del siglo III.

Si la decoración arquitectónica, la escultura y la magnífica inscripción con letras de bronce de Iunia Rufina puede datarse a lo largo del siglo II, los niveles de abandono que ya hemos referido se sucedieron prácticamente sin solución de continuidad, en apenas unas décadas. El citado P. Sillières subraya que las ruinas fueron invadiendo la ciudad. Los basureros y los estratos de abandono se generalizaron en la segunda mitad del siglo III y a lo largo del IV. La excavación de los patios del *macellum* es elocuente en este sentido, al aparecer éstos rellenos con detritus (Sillières, 1997: 58). De hecho, nuestra intervención ha constatado que, bajo el nivel de escombros procedente del derrumbe de la estructura y que fechamos a lo largo de la segunda mitad del siglo IV, lo que se detecta es un nivel de abandono previo. Los materiales asociados a este estrato pueden adscribirse al siglo III y han de ponerse en relación con la situación de crisis documentada en la ciudad.

Si observamos este momento en el resto del entramado baelonense, está bien atestiguado un retroceso urbano y el abandono de edificios públicos desde mediados del siglo III. Ya hemos aludido al caso del *macellum*; otro ejemplo será la cella del templo C, que igualmente se hundió en este mismo momento para no volver a ser levantada nunca (Sillières, 1997: 58; Bonneville et al., 2000). Todo apunta a que esta fase de crisis y retroceso supuso la desaparición de la figura de los evergetas que no sólo se ocuparon de construir los grandes monumentos, sino, sobre todo, de su mantenimiento. En este mismo sentido hemos de interpretar la falta de cuidado y limpieza del interior del acotado funerario del mausoleo T-32.

Bibliografía

ARÉVALO, A. Y BERNAL, D. (coords.) (2007): *Las cetariae de Baelo Claudia. Avance de las investigaciones arqueológicas en el barrio meridional (2000-2004)*. Cádiz: Junta de Andalucía.

BERNAL, D.; DIAZ, J.J. Y EXPOSITO, J.A. (2017): “Les thermes maritimes de Baelo Claudia et le suburbium occidental”. En Brassous, L. y Lemaître, S. (eds.): *La ville Antique de Baelo, cent ans après Pierre Paris. Mélanges de la Casa de Velázquez*, 47 (1), pp. 133-150

BONNEVILLE, J.-N.; DARDAINE, S. Y LE ROUX, P. (1988): *Belo v. L'épigraphie. Les inscriptions romaines de Baelo Claudia*. Série Archéologie, x. Madrid: Casa de Velázquez.

BONNEVILLE, J.-N.; FINCKER, M.; SILLIERES, P.; DARDAINE, S. Y LABARTHE, J. M. (2000): *Belo VII. Le Capitole*. Collection de la Casa de Velázquez, 67. Madrid, 2 vols.

BOURGEON, O.; GONZÁLEZ TOBAR, I.; LATOURNERIE, J.; PINEAU, J.B. Y MATHE, J. (2014): "Nuevos datos sobre la producción de ánforas Dressel 23 en el valle del Genil". *Actas del III Congreso Internacional de la SECAH*, Tarragona, pp. 334- 346.

BRASSOUS, L.; DERU, X.; RODRIGUEZ, O.; DANANAI, A.; DIENST, S.; DOYEN, J.-M.; FLORENT, G.; GOMES, M.; LEMAITRE, S.; LOUVION, C. ; OUESLATI, T. Y RENARD, S. (2017): "Baelo Claudia dans l'Antiquité tardive. L'occupation du secteur sud-est du forum entre les iiiie et vie siècles". En Brassous, L. y Lemaître, S. (eds.): *La ville Antique de Baelo, cent ans après Pierre Paris. Mélanges de la Casa de Velázquez*, 47 (1), pp. 167-200.

DIDIERJEAN, F.; NEY, C. Y PAILLET, J.-L. (1986): *Belo III. Le macellum*. Série Archéologie, v. Madrid: Publications de la Casa de Velázquez.

KEAY, S. J. (1984): *Late Roman Amphorae in the Western Mediterranean. A typology and economic study: The Catalan evidence*. bar Intern. Ser., 1.136. Oxford: Archaeopress.

LE ROUX, P. 2009: "Inscriptions romaines de Belo, 1988-2008", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 39 (1), pp. 163-174.

PARIS, P.; BONSOR, G.; LAUMONIER, A.; RICARD, R. Y DE MERGELINA, C. (1926): *Fouilles de Belo (Bologna, province de Cadix) (1917-1921)*, t. ii: La nécropole. Bordeaux: Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques.

PRADOS MARTÍNEZ, F. (2017): "La semántica de los símbolos: prácticas funerarias en la necrópolis de Baelo Claudia". En Brassous, L. y Lemaître, S. (eds.): *La ville Antique de Baelo, cent ans après Pierre Paris. Mélanges de la Casa de Velázquez*, 47 (1), pp. 73-96

PRADOS MARTÍNEZ, F. Y JIMÉNEZ VIALÁS, H., eds. (2015): *La muerte en Baelo Claudia. Necrópolis y ritual en el confín del Imperio Romano*. Universidad de Alicante-Universidad de Cádiz, Alicante.

PRADOS MARTÍNEZ, F.; JIMÉNEZ VIALÁS, H. Y ABAD CASAL, L. (2020): "Primeros avances de la intervención arqueológica en los mausoleos de la puerta sureste de Baelo Claudia: el monumento de Iunia Rufina". *Zephyrus*, 85, pp. 163-184.

REMESAL RODRÍGUEZ, J. (1979): *La necrópolis sureste de Baelo, Excavaciones Arqueológicas en España* 104. Madrid.

RÖTH, J.; MATHES-SCHMIDT, M.; GARCÍA, I.; ROJAS, F. J.; GRÜTZNER, C.; SILVA, P. G. Y REICHERTER, K. (2015): "The Baelo Claudia tsunami hypothesis: results from a multi-method sediment analysis of late-Roman deposits (Gibraltar Strait, Southern Spain)". En Blumetti, A. M. (ed.): *6th International Inqua Meeting on Paleoseismology, Active Tectonics and Archaeoseismology* (19-24 April 2015, Pescina, Fucino Basin, Italy). Miscellanea, 27. Istituto Nazionale di Geofisica e Vulcanologia, Roma, pp. 418-422.

SILLIÈRES, P. (1997): *Baelo Claudia, una ciudad romana de la Bética*, Sevilla.

SILVA, P. G.; GINER, J. L.; REICHERTER, K.; RODRÍGUEZ-PASCUA, M. A.; GRÜTZNER, C.; GARCÍA JIMÉNEZ, I.; CARRASCO, P.; BARDAJÍ, T.; SANTOS, G.; ROQUERO, E.; RÖTH, J.; PERUCHA, M. A.; PÉREZ LÓPEZ, R.; FERNÁNDEZ MACARRO, B.; MARTÍNEZ GRAÑA, A.; GOY, J. L. Y ZAZO, C. (2016): "Los terremotos antiguos del conjunto arqueológico romano de Baelo Claudia (Cádiz, Sur de España): Quince años de investigación arqueosismológica", *Estudios Geológicos*, 72 (1), s.p.

STYLOW, A. U. Y VENTURA, A. (2013): "Las inscripciones con litterae aureae en la Hispania Ulterior (Baetica et Lusitania). Aspectos técnicos". En López Vilar, J. (ed.): *Ier Congrès Internacional d'Arqueologia i Món Antic. Govern i societat a la Hispània romana. Novetats epigràfiques. Homenatge a Géza Alföldy*. Tarragona: Mutua Catalana, pp. 301-339.

PIES DE FOTO. MUERTE Y RITUAL FUNERARIO EN *BAELO CLAUDIA*-FASE V.
EXCAVACIÓN DE LOS MAUSOLEOS DE LA PUERTA DE CARTEIA (2017-2018)

FIG 1 Plano de la ciudad de *Baelo* con indicación de las zonas de intervención en la necrópolis. En rojo, la correspondiente a la campaña 2017-18.

FIG 2 Vista general del área de excavación. Se aprecian los bloques desplazados al norte de T-31

FIG 3 Perfil estratigráfico (sur) del *diverticulum* que separa los dos mausoleos

FIG 4 *Diverticulum* y alzado conservado de sillares de T-31

FIG 5 Detalle de la excavación del *diverticum*. Fuste de columna procedente del derrumbe de T-32 y a la derecha la cremación en urna cubierta por los niveles del s. III.

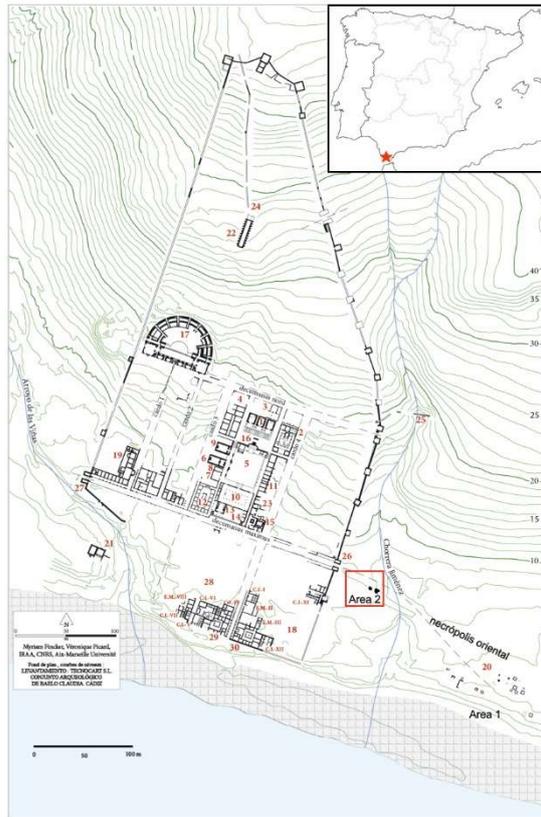
FIG 6 Vista del acotado funerario con los elementos arquitectónicos derribados por efecto del seísmo. A la derecha, el dintel que alberga la inscripción, boca abajo.

FIG 7 Los capiteles de T-32 una vez limpiados en el laboratorio de restauración del CAB

FIG 8 Detalle de la inhumación acompañada de sendos cráneos en posición secundaria

FIG 9 Inscripción de Iunia Rufina antes de su limpieza

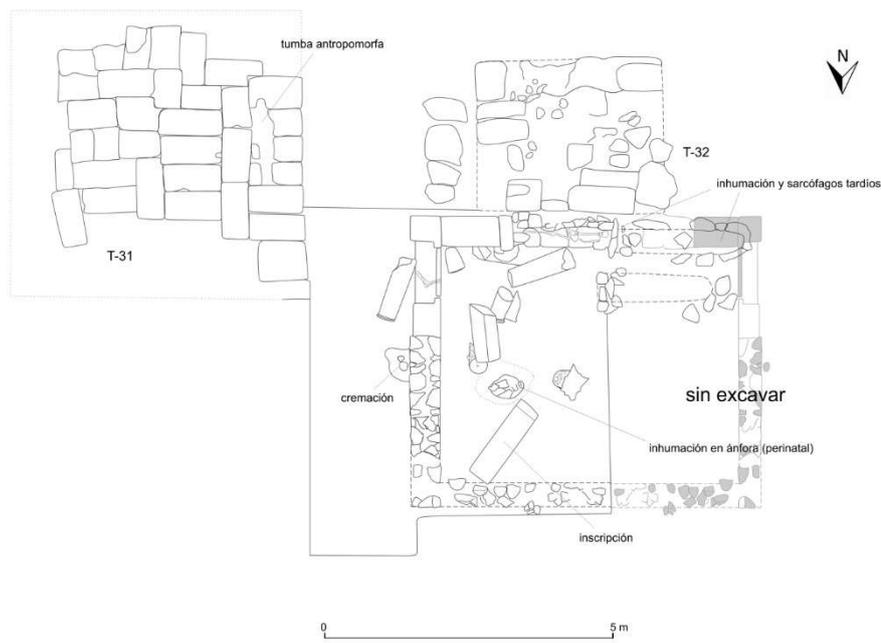
FIG 10 Planta final de la intervención. Se aprecia la zona que falta por exavar











Borrador / Pre-print